

Occidente y la caída de la dinastía Qing: del Imperio a la República de China



MARIO SANTANDER OLIVÁN

Antecedentes: el contacto histórico entre el pueblo chino y otros pueblos extranjeros

«La historia de toda nación es, por supuesto, nacionalista, es decir, tiende a omitir las actividades de los extranjeros dentro del país. Sin embargo, en el caso de China esto no es factible. Sin duda, la historia de China la ha hecho principalmente el pueblo chino, pero los extranjeros, al igual que los conquistadores mongoles y manchúes, también han figurado en ella [...]» (Fairbank, 1990, 143). La historia de China es una historia larga, compleja y extensa y durante siglos el pueblo chino ha configurado su historia no solo en base a sus parámetros internos, sino también interactuando con otros pueblos y naciones extranjeros que, en determinados casos, han dejado una huella imborrable en la historia de China.

El contacto del pueblo chino y de los chinos propiamente dichos (*han*) con pueblos extranjeros se remonta a tiempos inmemoriales, si bien en la época del Imperio chino tardío unificado se aprecian dos casos significativos: el de los mongoles y el de los manchúes. Ambos pueblos tomaron las riendas del Imperio chino, los primeros bajo la dinastía Yuan entre el 1271 y el 1368, y los segundos con la última dinastía, la Qing, entre 1644 y 1911. Si bien el objetivo de este artículo no es analizar el contacto del pueblo chino con pueblos vecinos y el dominio que en determinadas épocas estos ejercieron sobre el propio Imperio chino, cabe apuntar que, aunque estos pueblos extranjeros intentaron imponer inicialmente algunas de sus costumbres y tradiciones a los chinos, su atraso cultural les obligaba a adoptar la cultura y las costumbres chinas, basadas en la tradición confuciana, para poder gobernar un Imperio tan extenso como el chino, con lo que la continuidad de la civilización china quedaba garantizada; en otras palabras, la supremacía cultural del pueblo chino en relación a otros pueblos vecinos era sustancial, lo que garantizaba la pervivencia de su civilización incluso tras ser ocupada militarmente por otros pueblos, como los mongoles o los manchúes (Esteban, 2007, 17).

Sin embargo, este panorama cambió radicalmente con la progresiva llegada a las costas de China de expediciones marítimas de potencias coloniales occidentales, inicialmente europeas, ansiosas de establecer relaciones comerciales entre el Imperio

chino y sus naciones. En el siglo XVI, los portugueses fueron los primeros occidentales en establecer un contacto directo con China. Por aquel entonces, el poderío naval portugués era muy notable. Aunque inicialmente la gobernante dinastía Ming (1368-1644) no cedió a las pretensiones portuguesas, finalmente permitió a los portugueses establecer un puesto permanente con fines comerciales en un pequeño puerto al sur de Cantón, que desde entonces se convirtió en la ciudad de Macao (Wakeman, 1975, 114). Esta fue la primera toma de contacto del Imperio chino con una potencia occidental y desde esa fecha el contacto entre el Imperio y las potencias extranjeras fue en aumento.

Tras la caída de la dinastía Ming y el advenimiento al poder de los manchúes, bajo el título de dinastía Qing (1644-1911), se inauguró una nueva época en la historia de China, inicialmente expansionista y después de consolidación y esplendor de la gobernante dinastía Qing. Sin embargo, a partir del año 1800, empezó a producirse un progresivo declive del que la dinastía ya no pudo ni supo sobreponerse y que supuso el fin del milenarismo Imperio chino en 1912. Es desde comienzos del siglo XIX hasta el final de la dinastía Qing el periodo en el que va a encuadrarse el presente análisis.

El principio del fin del Imperio chino

Como apunta Gernet (1999, 471), «a finales del reinado de Qianlong y a principios del siglo XIX aparecen síntomas inquietantes de una degradación del estado y del equilibrio social» en China. El Imperio Qing tuvo que hacer frente a numerosos problemas, tanto internos como externos, a partir de esa fecha. En el ámbito interno, la mayoría de los problemas del gobierno «vinieron marcados por la complacencia y la corrupción en todos los niveles de la burocracia» (Bailey, 2002, 28). La corrupción generalizada se extendió en la corte y el estado, cuyos miembros habían vivido confortablemente en el último siglo a costa del erario público. Asimismo, otro acuciante problema de difícil solución fue el notable incremento de la población desde mediados del siglo XVIII, debido principalmente a la paz y a la estabilidad reinante en el Imperio chino. Sin embargo, el ingente aumento poblacional comenzó a ejercer una presión insostenible sobre la tierra (Fairbank, 1979, vol. 10, 109), superando la cantidad de tierra cultivable. Otro contratiempo relevante fue el progresivo déficit de la balanza comercial china. Si bien durante el siglo XVIII esta había sido favorable a China, las importaciones de opio provocaron en las primeras décadas del siglo XIX un repentino desequilibrio de la balanza del comercio exterior. Esta balanza, que hasta entonces había sido beneficiaria para China, pasó a ser desde entonces a ser deficitaria (Gernet, 1999, 474-475). En este sentido, a raíz del progresivo contrabando e importación de opio, el gobierno Qing comenzó a sufrir graves problemas financieros, especialmente relacionados con el ámbito monetario.

Por otro lado, a estos problemas internos se unieron otros problemas para la

dinastía Qing, debidos a una amenaza nueva y potencialmente peligrosa, esto es, la de un Occidente en expansión que demandaba de China privilegios comerciales (Bailey, 2002, 29). Como se ha señalado anteriormente, China ya tuvo contacto con occidentales en el siglo XVI, pero desde comienzos del siglo XIX su presencia fue cada vez mayor en el país asiático. Así, «la Guerra del Opio de 1840 dio comienzo a la historia moderna de China y desde entonces ella se fue transformando, paso a paso, de país feudal en semicolonial y semifeudal» (Anónimo, 1980, 1). Durante algo más de un siglo, los oficiales británicos habían estado insatisfechos con el gran déficit comercial entre Gran Bretaña y China, resultado de la demanda británica de té y de la negativa del gobierno chino de abrir su mercado a los productos extranjeros, como el opio. Esta droga y su comercio en China desencadenaron el primer conflicto armado a gran escala entre la dinastía Qing y una potencia occidental, en este caso Gran Bretaña. Desde 1796, el gobierno Qing prohibió por ley la importación de opio (Anónimo, 1980, 7), pero los británicos ignoraron dicha prohibición e intentaban introducir ilegalmente la sustancia narcótica en el país. Tras agrias disputas en el seno de la corte Qing entre partidarios de diversas opciones, en 1839 la facción defensora de la prohibición total del estupefaciente, con Lin Zexu a la cabeza, triunfa sobre los defensores de la legalización de las importaciones y sobre los que abogaban por la ausencia total de trabas legales, lo que provoca el enfado de los comerciantes británicos (Gernet, 1999, 476). Tras estos incidentes y la queja formal de los británicos de la zona ante el gobierno de Londres, «el gobierno inglés consideró que el movimiento chino por la prohibición del opio podía ser un excelente pretexto para desatar el conflicto. En abril de 1840, el Parlamento inglés tomó la decisión de declarar la guerra a China» (Bai, 1984, 413).

La Primera Guerra del Opio (1839-1842), nombre que se dio a dicho conflicto, se saldó con una victoria rotunda de las tropas inglesas sobre las chinas. La dinastía Qing acabó capitulando en 1842 con la firma del Tratado de Nanjing, el primero de una serie de «tratados desiguales» que a partir de mediados del siglo XIX firmó la gobernante dinastía Qing bajo la presión militar de las potencias coloniales occidentales. Estos tratados minaban la soberanía china y otorgaban derechos y privilegios solo a una de las partes firmantes: a las potencias occidentales (Esteban, 2007, 18). Además de las cláusulas del tratado, que contemplaban remuneraciones territoriales, comerciales y monetarias, la derrota supuso un importante punto de inflexión en la sociedad china, puesto que desde ese momento China fue perdiendo poco a poco su independencia política y su soberanía nacional (Bai, 1984, 417), al tiempo que perdió el papel central que ocupaba en un sistema jerárquico de relaciones internacionales en Asia Oriental desde hacía dos milenios que, con la llegada a China de las potencias occidentales y su superioridad cultural, moral y militar se desmoronó: el sistema sinocéntrico (Esteban, 2007, 17).

Poco a poco, tras observar la victoria de los británicos sobre el Imperio chino,

otras potencias occidentales, como Francia y EEUU, intentaron aprovecharse de la debilidad de la dinastía Qing y sacar partido de las grandes riquezas del país, firmando ambas potencias con China dos tratados más en 1844. Así, las potencias occidentales no intentaron en ningún momento acabar directamente con el poder político de los Qing a lo largo de estas décadas, sino que a través de diversos tratados no equitativos intentaban conseguir sus objetivos fundamentales: la apertura de China al exterior, fomentar el comercio con el país asiático y explotar sus grandes riquezas materiales. «China fue puesta contra su voluntad en una posición menos ventajosa, abierta a las incursiones del comercio occidental y, por consiguiente, a la cultura occidental. Para el siglo XX, [...] ésta se convirtió en un mecanismo finamente articulado y completo» (Fairbank, 1996, 247-248). La base de este sistema eran los llamados puertos francos o puertos abiertos por tratado al comercio extranjero, que inicialmente fueron cinco y con el tiempo superaron los ochenta, como ilustra el *mapa 1*.

Así pues, la derrota a manos de los británicos y las humillantes condiciones del Tratado de Nanjing, que incluía cláusulas como la de la «nación más favorecida», por la que cada concesión que una de las potencias arrancase a China se haría extensiva automáticamente al resto (Ceinos, 2006, 282), o la de extraterritorialidad, por la cual los extranjeros y sus actividades en China solo respondían ante la ley extranjera y no ante la ley china (Fairbank, 1996, 249), unidos a la firma de sucesivos tratados con otras potencias occidentales, minaron la autoridad de los Qing. Asimismo, los problemas internos del país (crecimiento de la población, crisis financiera, corrupción generalizada...) iban en aumento. Todo ello terminó provocando un descontento nacional sin precedentes, que se canalizó a mediados del siglo XIX en numerosas rebeliones y revueltas populares.

A partir de 1850, la dinastía Qing estaba totalmente sobrepasada por estas rebeliones que eran ya generalizadas. Así, «apenas repuesto del choque provocado por la invasión de los Bárbaros de Occidente, el Imperio se ve casi arrastrado por disturbios revolucionarios. Durante todo el tercer cuarto del siglo XIX, éstos continúan extendiéndose por la mayoría del país» (Bianco, 1999, 24), como muestra el *mapa 2*.

La primera gran rebelión fue la de los Taiping, entre 1850 y 1864. Dicha rebelión se originó en las provincias sureñas tropicales y tomó como base sociedades secretas de tendencia revolucionaria y cariz religioso (Gernet, 1999, 484). El líder de este movimiento, Hong Xiuquan (1813-1864), que procedía del grupo étnico minoritario hakka, forjó una ideología que combinaba la doctrina cristiana con los ideales utópicos tradicionales chinos (Bailey, 2002, 32). Pronto fue ganando cada vez más adeptos a su causa debido a la acuciante hambruna y pobreza en las zonas rurales del sur de China y se unieron al movimiento millones de campesinos sin tierra, artesanos desempleados y obreros del transporte (Bai, 1984, 418; Bailey, 2002, 32). Hong abogaba por derrocar a la dinastía extranjera Qing e instaurar un nuevo régimen político de carácter teocrático, que vio la luz en 1851: el Reino del Cielo de la Gran Paz (*Taiping Tianguo*).

Los puertos francos

- **Cantón:** Los 5 puertos originarios abiertos en 1842-1844
- **Tianjin:** Los 9 puertos adicionales abiertos de la década de 1860
- **Aigun:** Puertos abiertos en 1911 (los nombres de algunos de ellos se omiten en este mapa)
- **Áreas de arrendamiento extranjero, 1898**
 - Port-Arthur y península de Liaodong (Kwantung) (rusa)
 - Weihaiwei (británica)
 - Jiaozhou (alemana)
 - Kowloon New Territories (británica)
 - Guangzhouwan (francesa)

■ Estados tributarios perdidos entre las décadas de 1870 y 1890



Mapa 1: La penetración extranjera durante el siglo XIX en China.

Fuente: Bailey, 2002, 30.



Mapa 2: Las principales rebeliones desde mediados del siglo XIX en China.

Fuente: Ceinos, 2006, 289.

Ante la constante expansión del movimiento Taiping, que ha sido calificado por algunos expertos como un movimiento milenarista (Bianco, 1999, 25; Ceinos, 2006, 283) el gobierno Qing se vio inicialmente desbordado. Las Banderas eran incapaces de sofocar la rebelión y tuvo que optarse por confiar en milicias armadas regionales organizadas y dirigidas por la elite local funcional la seguridad del Imperio. Asimismo, viendo amenazados sus privilegios en el país ante el avance del movimiento Taiping, las potencias occidentales tomaron partido por la causa imperial y ayudaron a los Qing a acabar con la rebelión (Fairbank, 1979, vol. 10, 301). Finalmente, tras arduas luchas, el movimiento Taiping cayó derrotado en 1864. Sin embargo, la notable repercusión histórica de esta fallida rebelión, más que de ninguna otra de su tiempo, radica en un planteamiento decidido encaminado a ofrecer medidas y respuestas efectivas a la crisis generalizada (política, económica, institucional...) en la que China estaba sumida por aquel entonces (Fairbank, 1979, vol. 10, 317).

Esta fue la primera y la más importante de las sublevaciones internas que se produjeron en China desde mediados del siglo XIX, aunque a partir de esa fecha rebeliones y sublevaciones populares de diversa índole se extendieron por todo el país: los Nian en el noreste entre 1851 y 1868, los Miao en el centro durante casi veinte años a

partir de 1855 y los musulmanes en el noroeste, entre 1862 y 1873, y en el sur, entre 1855 y 1873. Todas ellas, por unos u otros motivos, acabaron fracasando.

Aprovechando que el gobierno Qing estaba ocupado en sofocar todas estas rebeliones internas, las potencias extranjeras, con Francia y Gran Bretaña a la cabeza, se lanzaron de nuevo a una nueva campaña de presión sobre el Imperio chino con el objetivo de aumentar sus privilegios y prebendas en el país. En este contexto dio comienzo, en 1857, la conocida como Segunda Guerra del Opio, que se prolongó hasta 1860. El ejército imperial, poco organizado y equipado, apenas pudo hacer frente a la presión extranjera, y en 1858 se firmó el Tratado de Tianjin, que reforzaba y ampliaba los privilegios y las concesiones a las potencias occidentales otorgadas en otros tratados (Anónimo, 1980, 91). Sin embargo, el incumplimiento de China de una de las cláusulas del tratado (establecer legaciones diplomáticas en Beijing) desencadenó la continuación de la guerra. Así, una nueva derrota de China propició la ratificación y la extensión de los acuerdos ya alcanzados en 1858 mediante la firma de la Convención o Tratado de Beijing en 1860, que estipulaba nuevas y numerosas concesiones económicas, territoriales y comerciales del Imperio Qing a las potencias extranjeras (Bai, 1984, 429). Resulta llamativo que no solo las dos potencias extranjeras belicosas en conflicto con la dinastía Qing obtuvieron renovados privilegios tras el final de la contienda, sino que tanto EEUU como Rusia sacaron partida de la debilidad china. Especialmente destacable es el papel de la Rusia zarista. Durante todo el conflicto, dicho país jugó un papel ambiguo bien calculado. Presentándose como un fiel aliado tanto a ojos de los chinos como de los occidentales, consiguió como recompensa por haber evitado males mayores para la decadente dinastía Qing una nueva demarcación fronteriza y la cesión de más de un millón de kilómetros cuadrados de tierras del noreste de China (Ceinos, 2006, 286-287), como puede observarse en el *mapa 3*. Desde entonces, las ambiciones expansionistas de Rusia no dejaron de crecer y a la larga los Romanov descubrieron que su principal oponente para anexionarse territorio chino no iba a ser la gobernante dinastía Qing, sino el también expansionista Imperio japonés (Crossley, 2002, 184).

A partir de la década de los 60, se produjo un fuerte debate ideológico en China sobre cuál debía ser el modelo más adecuado para hacer frente a los problemas que afectaban al país y las constantes humillaciones que las potencias extranjeras le infligían. A raíz del paulatino debilitamiento del poder imperial, las elites locales creyeron que era necesario buscar un programa modernizador que permitiese reforzar la capacidad del Estado para hacer frente a la amenaza extranjera. El debate giraba en torno a cuál debía ser la vía por la que China tenía que optar para modernizarse y sobre cómo debía relacionarse con el resto del mundo para salvaguardar sus propios intereses nacionales (Esteban, 2007, 19-20). En este sentido, la presencia extranjera en territorio chino estaba condicionando en aquel momento de forma muy notable las políticas del Imperio chino.



Mapa 3: La frontera nororiental de los imperios ruso y chino a partir de 1860.

Fuente: Crossley, 2002, 183.

Bajo el nombre de Restauración Tongzhi se inició un programa modernizador de reformas entre 1861 y 1875 para intentar sacar al país del colapso en el que estaba sumido. «Se restableció el orden en las provincias centrales, los impuestos fueron reducidos, se preparó nuevamente la tierra para el cultivo, se fundaron escuelas y se reclutaron hombres talentosos para la administración pública [...]. Mientras se restablecía de este modo el orden tradicional, los líderes de la Restauración comenzaron asimismo a occidentalizarse. Crearon arsenales para disponer de armas modernas, construyeron barcos a vapor, tradujeron textos occidentales sobre tecnología y derecho internacional, y crearon un prototipo de gabinete de asuntos exteriores en calidad de comité especial [...]» (Fairbank, 1996, 261-262). La Restauración comenzó a perder

vitalidad a partir de 1870 y posteriormente se diluyó en la nada, ya que en vez de mirar hacia el futuro muchos líderes locales y funcionarios estaban conscientemente reviviendo el pasado (Fairbank, 1996, 263).

Tras este infructuoso intento modernizador, a partir de la década de 1870 comenzó a tomar fuerza el lema del «autofortalecimiento», basado en un mayor pragmatismo y en la máxima «el saber chino como base, el saber occidental como práctica» (*zhongxue wei ti xixue wei yong*)» (Gernet, 1999, 523). Así, el principal objetivo del gobierno Qing a partir de este periodo fue el progreso industrial y la modernización militar, adoptando maquinaria y tecnología occidental y adaptándola a su realidad nacional en el beneficio de esta (Fairbank, 1979, vol. 10, 499). Sin embargo, esta campaña también acabó fracasando, entre otros motivos porque la modernización se dejó en manos de unos pocos altos funcionarios provinciales (Fairbank, 1996, 270).

Pese a haber intentado modernizarse poniendo en práctica distintas estrategias, los Qing eran incapaces de hacer frente a la expansión extranjera, que entre 1870 y 1884 seguía mermando la integridad territorial china, un debilitamiento del poder central chino, la explotación Occidental de las principales riquezas del país, el descenso del nivel de vida de la población china, etc. La debilidad e inoperancia del Imperio chino volvió a quedar patente en la Guerra sino-francesa entre 1884 y 1885, cuando el gobierno Qing tuvo que capitular de nuevo, cediendo a Francia la región del actual Vietnam (Wakeman, 1975, 190). Sin embargo, el conflicto más doloroso y humillante para la población china, prueba del fracaso del «autofortalecimiento», estaría aún por llegar una década más tarde: la derrota militar china en la Guerra sino-japonesa entre 1894 y 1895.

La Guerra sino-japonesa dio al traste con las esperanzas chinas de fortalecimiento y recuperación a escala internacional. El intento de la dinastía Qing de reafirmar su tradicional influencia en Corea desembocó en un conflicto bélico con Japón. En apenas unas semanas, los japoneses acabaron sin dificultad con toda la flota china y en 1895 se firmó el Tratado de Shimonoseki entre ambos países, por el que China, entre otros aspectos, cedía las islas Pescadores, la isla de Taiwan y la península de Liaodong a Japón y le otorgaba una importante suma en concepto de indemnización (Ceinos, 2006, 293). A partir de la firma de dicho tratado, se acentuó la carencia de fondos del gobierno Qing, que apenas tenía ya liquidez para pagar las indemnizaciones de guerra ni mucho menos para reflotar la economía nacional y competir con las potencias extranjeras. En este contexto, China empezó a perder casi por completo el control sobre sus recursos económicos y el Imperio era incapaz de modernizar e industrializar el país.

Desde 1895, China se sumió en una profunda crisis económica y financiera, lo cual fue aprovechado por las potencias occidentales para conceder créditos a la dinastía Qing a cambio de importantes concesiones, como el arrendamiento de diversas zonas de China para disfrutar de sus privilegios económicos (Esteban, 2007, 19). A partir de 1897 los alemanes iniciaron este proceso, que supuso un nuevo paso en



Mapa 4: Áreas de influencia de las potencias extranjeras a fines del siglo XIX en China.

Fuente: Ceinos, 2006, 295.

la agresión occidental sobre China y condujo a un progresivo desmembramiento del país, ya que mediante las concesiones a las potencias extranjeras estas adquirirían diversos territorios chinos en régimen de arrendamiento, dejando de regir sobre ellos la soberanía china, en un intento de incrementar su presencia política y económica y de crear una serie de esferas de influencia (Bailey, 2002, 37). Estas áreas y la potencia extranjera que ostentaba su control aparecen reflejadas en el *mapa 4*.

Ante un inminente peligro de división del país por la presencia de diferentes potencias extranjeras en diferentes zonas del mismo, el movimiento reformista, que ya había empezado a difundir sus ideales unos años atrás, empezó a tomar fuerza en China. El conocido como movimiento reformista de 1898, liderado por Kang Youwei y su fiel discípulo Liang Qichao, abogaban por realizar una serie de grandes cambios ante la crisis que atravesaba el país y la humillación nacional de la última década (Fairbank, 1990, 149; Fairbank, 1996, 278). Para los reformistas, solo los eruditos o intelectuales chinos podían llevar a cabo esta tarea, puesto que el pueblo chino no participaba en el gobierno y la elite se hallaba en su gran mayoría demasiado arraigada en sus tradiciones como para proporcionar un liderazgo intelectual (Fairbank, 1996, 278).

La lista de las reformas deseables era prácticamente interminable, pero los reformistas eran conscientes de que estas reformas solo serían efectivas en todo el Im-

perio si eran implementadas por la Corte Qing. Así, Kang Youwei seguía enviando misivas al emperador Guangxu abogando por el establecimiento de reformas que convirtieran a China en una monarquía constitucional (Ceinos, 2006, 296). El movimiento reformista defendía la vigencia de la dinastía Qing y apostaba por un Estado monárquico de carácter constitucional que fuera capaz de recuperar el control sobre los recursos económicos del país. Así, tras sucesivos intentos, Kang Youwei y sus seguidores pudieron acceder directamente al emperador Guangxu en un breve periodo del verano de 1898, de ahí el nombre con el que este ha pasado a la historia: la Reforma de los Cien Días.

Aunque las intenciones del emperador eran positivas, el programa de reformas fue bastante limitado, quizás también influido por el carácter del emperador. El establecimiento de algunos ministerios, la creación de una asamblea nacional, la abolición de las sinecuras en la burocracia, la reforma del sistema de exámenes imperiales y la implementación de un sistema educativo moderno que incorpore la enseñanza de materias Occidentales son las principales medidas reformistas que el trono promulgó a través de diversos edictos en el verano de 1898 (Bailey, 2002, 40-41). Al margen de estas reformas, cabe destacar de este periodo los inicios de la prensa política en China, un medio muy eficaz para la crítica y las sugerencias de carácter político, que los reformistas también alentaban.

Ante esta situación, los estratos más conservadores y tradicionalistas del régimen Qing vieron con recelo esta serie de reformas. Alentados por la emperatriz viuda Cixi, consiguieron que el emperador Guangxu promulgara un edicto en septiembre de 1898 por el que pedía a Cixi que supervisara los asuntos de gobierno. Esto marcó el retorno de Cixi al gobierno activo del Imperio y el final del movimiento de la Reforma de los Cien Días. Desde esa fecha, Cixi apresó al propio emperador Guangxu, tomó el control efectivo del Imperio y mandó apresar y ejecutar a los líderes reformistas, si bien Kang Youwei y Liang Qichao consiguieron escapar del país y huir a Japón, donde siguieron defendiendo la figura del emperador (Ceinos, 2006, 296; Bailey, 2002, 42-43).

Aunque el movimiento reformista fracasó en su intento de introducir una serie de reformas para mejorar el sistema político chino y cambiar la naturaleza de la burocracia imperial, para algunos historiadores extranjeros marcó, con algunas reservas, una etapa relevante en la historia moderna de China (Bailey, 2002, 42), si bien para la actual corriente historiográfica oficial china «la misión histórica de impedir la locura del reparto [de China entre las potencias extranjeras] no fue asumida por los señores reformistas, sino por el impetuoso Movimiento Yijetuan [Yihetuan], antiimperialista, del pueblo chino» (Anónimo, 1980, 281).

Cuando el fracaso de la Reforma de los Cien Días apenas se había consumado, la China tradicional ya manifestaba su virulencia y las masas campesinas encabezaron la reacción antiextranjera en la famosa Rebelión de los Bóxer entre 1899 y 1901, también conocido como Movimiento Bóxer o Movimiento Yihetuan. Inicialmente

antiimperialista y antimanchú, debido a su origen en una sociedad secreta, al igual que muchos otros movimientos hostiles a la dinastía de las décadas anteriores, el Movimiento Yihetuan, conocido en el exterior como de los Bóxer, ya que sus miembros practicaban las artes marciales, se volvió abiertamente pro dinástico desde el otoño de 1899, en el que una alianza le une a los mandarines xenófobos (Bianco, 1999, 29). Así, «a principios de 1899, el lema de los bóxers era el tradicional “Derrocad a los Ch’ing [Qing], acabad con los extranjeros”, pero a fines de 1899 se convirtió en “Apoyad a los Ch’ing [Qing], acabad con los extranjeros”» (Fairbank, 1990, 155).

Originado en la provincia de Shandong y apoyado por las masas populares, los inicios de este movimiento se enmarcan en el deterioro general de las condiciones de vida que sufre el pueblo chino y las condiciones del campo particularmente malas en la citada región (Evans, 1989, 192). La corrupción generalizada, la expansión de la influencia de las potencias extranjeras en China y la expansión de la actividad misionera occidental fueron los principales objetivos de esta rebelión (Ceinos, 2006, 299; Evans, 1989, 193). Sin embargo, ante el progresivo avance de la Rebelión Bóxer, de marcados tintes xenófobos, la emperatriz viuda Cixi otorgó su beneplácito al movimiento e intentó utilizar a los bóxers para oponerse a las potencias extranjeras. Desde ese momento, cada bando incitaba al otro y tras sucesivas escaramuzas y demostraciones de fuerza recíprocas, con asesinatos de bóxers y personal diplomático extranjero incluidos, la violencia estalló en Beijing, donde los bóxers consiguieron sitiar a los occidentales en el barrio de las legaciones diplomáticas (Evans, 1989, 196-197; Fairbank, 1996, 282-283). Poco después, se pactó una tregua entre ambos bandos, pero el doble juego de la emperatriz Cixi, apoyando por un lado la guerra contra los occidentales, a la par que enviaba provisiones y víveres a los diplomáticos sitiados en Beijing, acabó con la paciencia de las potencias extranjeras. Ante esta situación, ocho potencias occidentales decidieron enviar una expedición militar para liberar las legaciones diplomáticas en Beijing, provocando la huida de la ciudad de la emperatriz y de sus consejeros, así como del confinado emperador Guangxu. Tras terminar con la resistencia de los últimos bóxers, los soldados occidentales saquearon e incendiaron la capital china, cometiendo todo tipo de atrocidades, asesinatos y violaciones, que han pasado a la historia como uno de los hechos más terribles de la historia moderna del país (Ceinos, 2006, 300; Evans, 1989, 197-198).

Tras aplastar la rebelión, las potencias extranjeras obligaron a China a firmar en 1901 un nuevo tratado, el Protocolo de 1901, que imponía nuevas y severas condiciones a los chinos, más duras aún si cabe que las del Tratado de Shimonoseki. La dinastía Qing, cada vez más arruinada por las continuas imposiciones de las potencias occidentales, será incapaz de hacer frente a las enormes indemnizaciones de guerra, pero obtiene una última prórroga de diez años más. Como hecho histórico, la Rebelión Bóxer ha pasado a la historia como una de las manifestaciones más grandes de protesta popular de los tiempos modernos en China y aún hoy en día se sigue considerando como el preludio popular del nacionalismo chino del siglo XX,

un testimonio del poder de la protesta del pueblo contra la dominación extranjera (Evans, 1989, 198-200).

Tras la firma del Protocolo de 1901, el régimen imperial quedó seriamente dañado e intentó buscar fórmulas que permitieran su supervivencia. Así, durante una década, el gobierno Qing, encabezado por Cixi, intentó implementar una serie de reformas, más radicales incluso que las que en 1898 había rechazado, para mantener la cohesión y la unidad del Imperio chino. Las presiones del pueblo exigiendo reformas, el surgimiento de un movimiento revolucionario republicano, la inminencia de una revuelta popular antimanchú y la presión constante de las potencias extranjeras habían limitado sobremanera las opciones del gobierno Qing, que en un corto periodo de tiempo rechazó las prácticas tradicionales a favor de un programa planificado de reformas (Evans, 1989, 203-204). «Durante algunos años la dinastía Qing se orienta [...] hacia el establecimiento de una monarquía constitucional, emprende las profundas reformas administrativas, judiciales y financieras que se imponen, crea un ejército moderno, apoya los esfuerzos de desarrollo industrial (textil, ferrocarril) y deroga por fin –es lo más importante– el sistema de exámenes, al mismo tiempo que establece las bases de una nueva enseñanza» (Bianco, 1999, 30). Sin embargo, estos intentos llegaron ya demasiado tarde y las reformas de la corte Qing, lejos de producir algún resultado positivo, contribuyeron a los esfuerzos de la población china de oposición al régimen manchú, cuyo fin estaba ya próximo.

Como afirma acertadamente Fairbank (1996, 288) «tras su derrota en 1900 a manos de fuerzas expedicionarias de todas las grandes potencias, la dinastía Qing sólo pudo sobrevivir hasta 1912 debido a que no existía régimen alguno que la reemplazara, y a que tanto los chinos como los extranjeros asentados en China prefirieron el orden al caos». Pese a los intentos del gobierno Qing de implementar un programa reformista tras su nueva derrota en 1901 a manos de las potencias extranjeras, la revolución y sus máximas implicaciones, esto es, el cambio de régimen político, estaban a la orden del día a partir de 1910 (Bianco, 1999, 31).

Con el nombre de Revolución de 1911 o Revolución de Xinhai se conoce a los sucesos acaecidos en China entre otoño de 1911 y la primavera de 1912, cuando el último emperador Qing fue forzado a abdicar. Sin embargo, el movimiento revolucionario republicano había comenzado a forjarse años atrás. En el contexto social de un paulatino distanciamiento de la aristocracia y los comerciantes de la dinastía Qing y el descontento popular frente a las reformas del gobierno, surgió un movimiento republicano antimanchú entre los exiliados, los emigrados y los estudiantes chinos en el extranjero antes de 1905, con la figura de Sun Yat-sen a la cabeza (Bailey, 2002, 69; Fairbank, 1979, vol. 11, 465). Posteriormente, en 1905, nace en Tokio la *Tongmenghui* o Liga Jurada, resultado de la fusión de una sociedad dirigida por Sun Yat-sen con otras organizaciones revolucionarias de la época, que sirvió como base y punto de encuentro en torno al cual se articuló el movimiento revolucionario desde entonces y es considerada precursora del Partido Nacionalista

Chino. Liderada por Sun Yat-sen tras su Congreso de Tokio, establece claramente su objetivo final: arrebatarse el poder a la dinastía Qing, provocando su caída, e instaurar una república en China.

Desde entonces, el movimiento revolucionario comenzó a ganar más adeptos tanto en China como en el extranjero, si bien sus intentos de derrocar al régimen manchú eran, por el momento, infructuosos. Pese a ello, la propia política del gobierno imperial Qing alimentó todavía más la fobia antimanchú y desde mayo de 1911 estallaron protestas violentas en la provincia de Sichuan, comandadas por la aristocracia y la burguesía locales, que se oponían a que la construcción de varias líneas de ferrocarril pasaran de manos chinas a manos extranjeras (Bailey, 2002, 73; Fairbank, 1979, vol. 11, 520-521). Poco después, el 10 de octubre de 1911, se produjo un motín armado en la ciudad de Wuchang que marcó el inicio propiamente dicho de la Revolución de 1911 y que pasó a la historia con el nombre de Levantamiento de Wuchang. Aunque inicialmente el complot militar fue descubierto por los soldados imperiales, los hechos se precipitaron y los alzamientos comenzaron a sucederse en las diferentes regiones de China, principalmente en el sur del país, donde en las semanas siguientes los gobernadores provinciales comenzaron a declarar su independencia del gobierno imperial con sede en Beijing (Ceinos, 2006, 305), como refleja cronológicamente el *mapa 5*.

Sun Yat-sen, que en el estallido de la Revolución se encontraba en Occidente recabando fondos y apoyos a la causa revolucionaria republicana, regresó a China en diciembre de 1911. A los pocos días de su regreso, el comité revolucionario y los representantes provinciales, reunidos en la ciudad de Nanjing, proclamaron la República de China el uno de enero de 1912 y eligieron a Sun Yat-sen presidente provisional de la misma (Bianco, 1999, 33). Desde esa fecha, solo el norte de China quedaba ya bajo control imperial y pese a la ayuda que las potencias extranjeras intentaron proporcionar a la moribunda dinastía Qing su caída era ya inevitable. Yuan Shikai dirigía al único ejército poderoso y moderno del país y controlaba el norte de China. En ese contexto, el presidente provisional de la República, Sun Yat-sen, decidió hacerle un ofrecimiento a Yuan: si aceptaba unirse a la causa republicana y conseguía la abdicación del emperador, le cedería el cargo de presidente de la República de China (Anónimo, 1980, 388-389). Aunque al principio ambas partes recelaban mutuamente de la contraria, poco a poco las garantías entre ambas fueron incrementándose. Yuan Shikai acabó abrazando la causa revolucionaria republicana y forzó al último emperador Qing a abdicar el 12 de febrero de 1912. Poco después, Sun Yat-sen renunciaba a su cargo y le cedía el testigo a Yuan Shikai, trasladando este la capital de Nanjing a Beijing (Bailey, 2002, 74).

La Revolución de 1911 propició la transición de un régimen imperial a uno republicano en China, dando comienzo una nueva etapa histórica nunca antes vivida en el país. Sin embargo, muchas han sido las interpretaciones que se han hecho sobre el carácter de esta revolución, desde su sentido democrático hasta su espíritu naciona-



Mapa 5: La Revolución de 1911.
 Fuente: Fairbank, 1979, vol. 11, 523.

lista. Así lo refleja acertadamente Evans (1989, 242): «Una revolución democrática burguesa, una transformación política o un giro moderno en el ciclo dinástico, son algunos de las numerosas etiquetas que se han puesto a los acontecimientos dramáticos y confusos que sellaron el destino de las dinastía Qing. Los vericuetos que tomó el rumbo de la revolución de 1911 desafían cualquier caracterización precisa de su significado. La revolución se produjo en muchos niveles diferentes. De igual manera, fue la expresión de una gran cantidad de diversos intereses y sectores sociales que pertenecían tanto al pasado como al futuro del país. Sin embargo, un aspecto merece atención antes que otros: la dinastía Qing fue destruida y, a pesar de su caída con el predominio de los jefes militares, las nuevas estructuras políticas introducidas

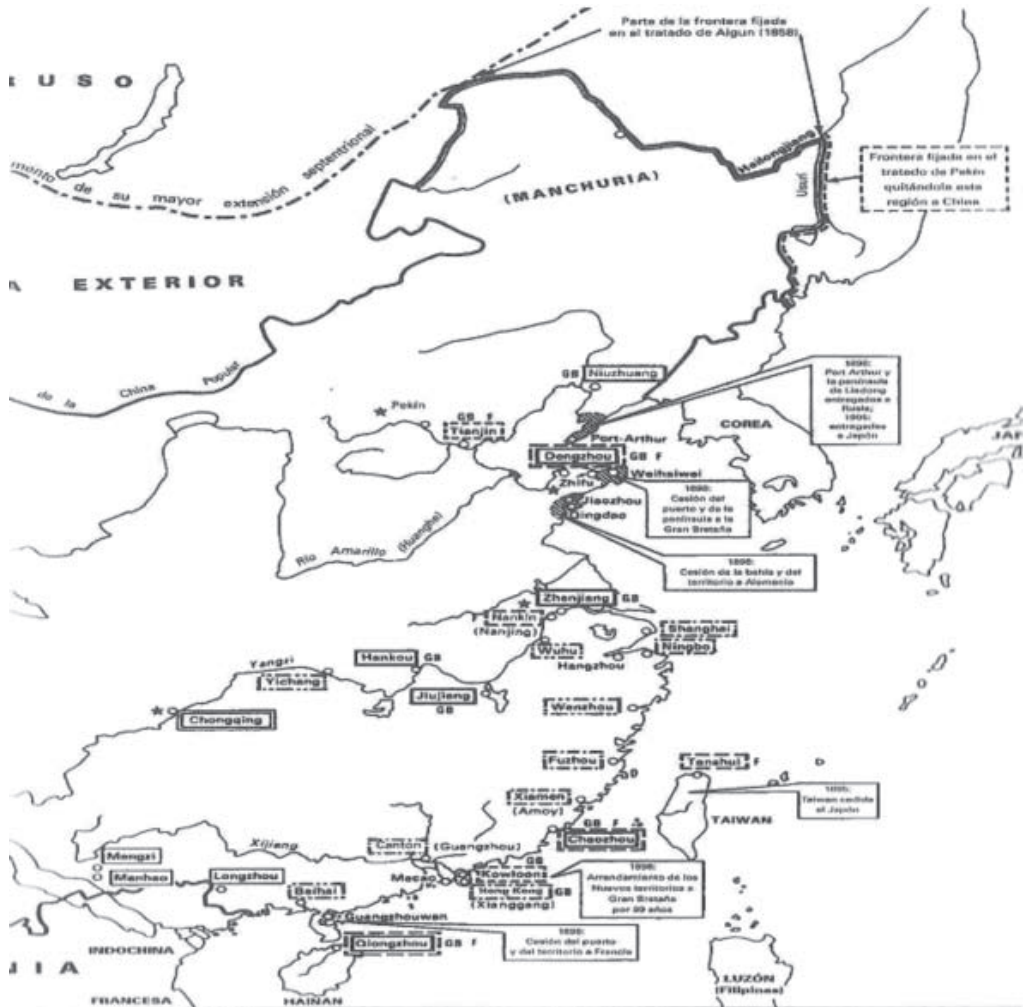
con la formación de la República China, sirvieron como punto de partida para los programas posteriores de revoluciones nacionalista y socioeconómica».

Conclusiones

A lo largo de estas líneas, he intentado analizar los hechos más relevantes que contribuyeron desde comienzos del siglo XIX a la caída de la última dinastía imperial china y al establecimiento de la República en 1912, enfocados siempre desde un mismo interrogante: ¿hasta qué punto fue determinante la influencia, la presión y la presencia de potencias coloniales extranjeras, principalmente occidentales, en la China imperial de los Qing desde mediados del siglo XIX en el paulatino proceso de desmoronamiento del Imperio chino y la transición a un régimen republicano?

No cabe duda de que la presencia extranjera en China contribuyó tanto directa como indirectamente a la caída de la dinastía Qing. A partir de 1840, con el estallido de la Primera Guerra del Opio, las potencias occidentales comenzaron a obtener numerosos privilegios en el país y a ejercer un fuerte control sobre los recursos económicos del país. Asimismo, recibieron notables concesiones del gobierno imperial Qing, no solo económicas y comerciales, sino también territoriales, hasta la caída de la dinastía, como refleja y sintetiza el *mapa 6*. China, sumida en una situación de inestabilidad política interna y debilitamiento del Estado, apenas pudo beneficiarse de la influencia Occidental para desarrollar su propia economía nacional. Si bien otros países de su entorno, como Japón, recibieron un mayor impulso a su economía nacional y al proceso de industrialización con la llegada al país de conocimientos y tecnologías procedentes de Occidente, en China esta situación se dio a una escala mucho menor, debido principalmente a la inoperancia del Imperio, al débil equilibrio social existente en el país y a la constante intromisión de las potencias coloniales occidentales en los asuntos internos de este.

El sistema político, económico y administrativo del Imperio chino ya había comenzado a degradarse una vez que las potencias extranjeras hicieron su entrada en el país, aunque este hecho contribuyó a empeorar todavía más la situación (Gernet, 1999, 480-481). Sin embargo, las rebeliones internas, especialmente la Rebelión de los Taiping, que asolaron China a mediados del siglo XIX fueron más decisivas en tambalear y minar los cimientos del Imperio chino que la incursión de las potencias extranjeras pocos años antes. Posteriormente, se produjeron nuevos avances de los extranjeros en el país en un contexto de crisis interna. A finales del siglo XIX, cuando la presión de las potencias occidentales se acentuó notablemente, «China se encontrará con que no ha tenido ni el tiempo, ni los medios, ni la tranquilidad, ni la autonomía necesarios para fortalecerse y luchar eficazmente contra la avalancha de los imperialismos» (Gernet, 1999, 481). La insostenible situación política y financiera del país, el progresivo caos social y el aumento de un sentimiento antimanchú, antiextranjero y antiimperialista generalizado entre la población, en definitiva, un



Mapa 6: La presencia extranjera y las concesiones a las potencias occidentales en China entre 1840 y 1900.

Fuente: Gernet, 1999, 508-509.

- | | |
|---|--|
|  | 1842 - Tratado de Nankín - 5 puertos abiertos |
|  | 1858 - Tratado de Tianjin (ratificado en 1860 por el emperador de China), con Gran Bretaña y Francia |
|  | 1860 - Convención de Pekín |
|  | 1876 - Convención de Zhifu - 4 puertos abiertos |
|  | 1890 - Convención de Chongqing - ciudad abierta |
|  | 1893 - Conferencia sobre el Sikkim y el Tíbet |
|  | 1898 - Cesión de los nuevos territorios a Hong-kong |
|  | 1887 - Convención de comercio franco china - 3 ciudades abiertas |

sentimiento nacionalista, unido al descontento de buena parte de la clase dirigente tradicional y a la progresiva capacidad de organización y liderazgo de esta, posibilitaron, en 1911, una revolución cuyo objetivo último era la sustitución del régimen imperial por uno republicano, que finalmente llegó a materializarse.

Aunque la presencia occidental en China contribuyó a acelerar los plazos de defunción de la última dinastía imperial, la dinastía Qing siempre contó con el apoyo militar de las potencias extranjeras para sofocar las rebeliones internas (véase la Rebelión de los Taiping o la Rebelión de los Nian) y con el apoyo económico de estas para pagar sus deudas, si bien ambas políticas por parte de las potencias occidentales eran interesadas, sabedoras de que a través de estas medidas podrían seguir ejerciendo un control más férreo y efectivo sobre el Imperio chino. Pese a que China nunca fue totalmente colonizada y su situación a principios del siglo XIX ha sido calificada por los propios historiadores chinos de «semicolonial» (Anónimo, 1980, 1), la larga presencia de numerosas potencias extranjeras en el país durante algo más de un siglo apenas tuvo efectos positivos para China, aunque es probable que sin el impacto ni la presencia de las potencias extranjeras en dicho país ni la llegada de conocimientos tecnológicos y científicos modernos procedentes de Occidente, China habría sido incapaz de industrializarse posteriormente por su propia cuenta.

En conclusión, «la explicación a lo que sucedió en esta historia y al trágico destino de China hay que buscarla tanto en el juego combinado de la evolución de las naciones industrializadas y del desarrollo interno como en la trama misma de los acontecimientos» (Gernet, 1999, 481). La presencia de las potencias extranjeras en el país contribuyó al paulatino desmoronamiento del Imperio chino, aunque este no fue uno de los factores decisivos. Las pésimas condiciones internas del país, el descrédito de la corte manchú ante sus constantes concesiones a las potencias occidentales y las escasas esperanzas de una mejora de la situación a corto plazo provocaron un descontento social en amplias capas de la sociedad china, incluidas algunas de las consideradas más tradicionales, que propiciaron entre 1911 y 1912 la caída de la dinastía Qing y del sistema imperial chino y la proclamación de la República de China.

BIBLIOGRAFÍA

- ANÓNIMO (1980): *Breve historia moderna de China (1840-1919)*. Beijing: Ediciones en Lenguas extranjeras.
- BAI, Shouyi (1984): *Breve historia de China - Desde la Antigüedad hasta 1919*. Beijing: Ediciones en Lenguas extranjeras.
- BAILEY, Paul J. (2002): *China en el siglo XX*. Barcelona: Ariel.
- BIANCO, Lucien (1999): *Los orígenes de la revolución china (1915-1949)*. Barcelona: Bellaterra.
- CEINOS, Pedro (2006): *Historia breve de China*. Madrid: Sílex.
- CROSSLEY, Pamela Kyle (2002): *Los manchúes*. Barcelona: Ariel.
- ESTEBAN, Mario (2007): *China después de Tian'anmen: Nacionalismo y cambio político*. Barcelona: Bellaterra.
- EVANS, Harriet (1989): *Historia de China desde 1800*. México D.F.: El Colegio de México, Centro de Estudios de Asia y África.
- FAIRBANK, John King (1996): *China, una nueva historia*. Barcelona [etc.]: Andrés Bello.
- (1990): *Historia de China. Siglos XIX y XX*. Madrid: Alianza.
- (1979): *The Cambridge history of China, vols. 10 y 11*. Cambridge: Cambridge University Press.
- GERNET, Jacques (1999): *El mundo chino*. Barcelona: Crítica, D.L.
- WAKEMAN, Frederic (1975): *The Fall of Imperial China*. New York: Free Press London: Collier Macmillan.

RESUMEN

PALABRAS CLAVE: Dinastía Qing, Guerras del Opio, Rebelión Taiping, Rebelión de los Bóxer, Revolución de 1911.

¿Hasta qué punto fue determinante la influencia, la presión y la presencia de potencias coloniales extranjeras, principalmente occidentales, en la China imperial de los Qing desde mediados del siglo XIX en el paulatino proceso de desmoronamiento del Imperio chino y la transición a un régimen republicano? Si bien la presencia extranjera occidental contribuyó, directa e indirectamente, de forma notable a la caída de la última dinastía imperial, no puede achacarse íntegramente a esta situación la progresiva inoperancia y debilidad de la dinastía Qing, que terminó su andadura en 1912, con la abdicación del último emperador y el afianzamiento de la joven República de China.

LABURPENA

GILTZARRIAK: Qing Dinastia, Opioaren Gerrak, Taiping-o Errebolta, Boxerren Altxamendua, 1911ko Iraultza.

Atzerriko potentzia kolonialek, mendebalekoek nagusiki, XIX. mende erdiaz gozotik presentzia izan zuten Qing dinastiaren Txina inperialean. Hona galdera, zenbaiterainoko eragina izan zuen potentzia hauen presioak Txinako inperioaren gainbeheran eta horren ondoriozko Erregimen errepublikarraren ezartzean? Mendebaleko potentzien presentzia zuzenki edota zeharka eragina izan zuen azken dinastia inperialaren gainbeheran, baina ez zen eragile bakarra izan Qing dinastiaren etengabeko ahultasuna ulertzeko tenorean. Dinastiaren jarduna 1912an bukatu zen, azken enperadoreak abdikatu zuen eta Txinako Errepublikak gaztea finkatzen hasi zen.

ABSTRACT

KEYWORDS: The Qing Dynasty, The Opium Wars, The Taiping Rebellion, The Boxer Rebellion, The 1911 Revolution.

To what degree was the influence, pressure and presence of foreign colonial powers, principally occidental ones, influential in the Chinese Qing Empire since the middle of the 19th century in the gradual decomposition process of the Chinese empire and the transition to a republican regime? Although foreign occidental presence noticeably contributed, directly or indirectly, to the fall of the last imperial dynasty, it can't be entirely blamed for the growing inefficiency and weakness of the Qing Dynasty, which came to its end in 1912 with the abdication of the last emperor and the reinforcement of the young Chinese Republic.